

De actualidad

La disolución intelectual



En cierta ocasión se acercó al que esto escribe un cierto joven, opositor a unas plazas, y le manifestaba sus temores de perder el tiempo con la oposición. "La plaza dicen que está ya dada—le decía—a Fulanez, cuya incompetencia y hasta incapacidad incurable usted conoce." "No importa—le replicamos—vaya usted a la oposición; nadie sabe lo que puede ocurrir... que se retira... que se pone enfermo... que se muere acaso... y, además, tiene usted en el tribunal a Menganez, que es competentísimo." "Pues es a quien más temo; dicen que está ya vendido a Fulanez!" "Sí, Menganez tiene fama de venal y lo es, sin duda... sus necesidades y las de su numerosísima familia muchas, y sus recursos escasos... es venal, indudablemente, pero es muy competente en la materia de que va a juzgar, competentísimo; es muy inteligente, y Fulanez muy bruto; vaya usted a las oposiciones!" "¡Pero si dicen que le ha prometido ya su voto, y que hasta ha cobrado por él!" "No importa, aunque así sea, vaya usted a las oposiciones; Fulanez es tan bruto que aunque Menganez se le haya vendido, en cuanto le oiga desbarrar se des-venderá; no hay conciencia como la inteligencia; vaya usted a las oposiciones." Y fué nuestro joven amigo a ellas y no le pesó.

Porque no hay conciencia como la inteligencia ni hay indignación como la de ésta. Una torpeza, una tontería insigne y redonda y total subleva más que una malicia. Y Dios nos dé para que nos juzguen hombres tan competentes como aquel venal Menganez cargado de necesidades de familia y aliviado de recursos.

¿A qué propósito recordamos ahora esto? A propósito de la persecución que se ejerce sobre una parte de la Prensa radicalmente liberal. Quisiéramos conocer los párrafos que se les tacha. Sospechamos que ningún

Menganez como el de nuestro relato se los tacharía, ni aun cuando se hubiese comprometido a ello.

Os hablábamos, lectores, de la disolución política o civil, y por lo tanto, moral de nuestra sociedad. Pero hay algo más terrible y es la disolución intelectual. La tontería anda suelta. A la estupidez de ciertas infracciones de la ley—ley no pocas veces más estúpida aún que su infracción—responde la estupidez con que se trata de reprimirlas. Y si se va perdiendo todo respeto a la autoridad es porque ésta no sabe hacerse respetar. Y no sabe hacerse respetar no por su violencia, no, sino por la estupidez de sus procedimientos. Habrá que inventar una palabra para designar el dominio de la tontería.

Hasta mucho de lo que parece vicio no es sino tontería, vacuidad de espíritu. El que asista a ciertas funciones de teatro y oiga de qué cosas se ríe y qué gracias celebra el público, el que vaya a un cine a presenciar ese espectáculo para sordomudos en que uno hace que habla y se lee luego en un cartel lo que ha dicho—que es como si bailara sin música un tango una pareja y después se tocara la música del tango—el que aguante todo eso se explicará por qué se llenan las timbas. Porque el juego de azar, más que la codicia de ganar mucho dinero en poco tiempo y con poco trabajo, lleva la vacuidad de espíritu, el aburrimiento, la tontería, en fin. ¿Conocemos borrachos y mujeriegos inteligentes, pero jugadores?

El desenfreno del juego de azar acusa una honda, muy honda disolución intelectual. Y parece como que las autoridades la fomenten. Diríase que se está cultivando desde arriba la galopante tontería nacional. Y cuando se trata de reprimir alguna tontería—casi siempre las más inocentes y hasta las tonterías de opinión—se la reprime tontamente. A

la tontería del reprimido responde una tontería aún mayor del represor.

Tenemos una nota de las noticias y los comentarios que en esta ciudad en que vivimos tachaba de un periódico cierta autoridad durante una época de previa censura. ¡Esa nota nos ofrece el colmo de lo cómico! Sólo le faltó a aquella autoridad—que en ratos de ocio escribía unas mentecadas en verso (!!!)—proscribir los versos de los periódicos.

"¡A ver, a ver — decía otro censor—tache ese soneto; nada de ironías!" El soneto era un romance octosilabo en cuarenta versos, y en cuanto a la ironía...

¿Ironía? En el artículo de la Saturday Review de que os hablábamos el otro día se da a entender que se nos ha condenado a diez y seis años de presidio por nuestro pecado de ironista. Y algo hay de esto. Pues en la sentencia se dice, entre otras amenidades, que le llamamos al Rey de España, irónicamente, Archiduque de Austria, cuando es sabido que este es uno de los títulos que nuestro soberano ostenta. ¿Ironías, eh? Es lo que tiene ir con ironías a inteligentes. Y subrayamos, o más bien espaciarnos (ya que, dicho sea entre paréntesis, nos parece que los rotativos españoles deben, como los ingleses, representar el subrayado o bartardilla por un espaciado y no por un entrecomillado, con el que no se debe confundir), espaciarnos lo de inteligentes para que se vea que lo usamos en su sentido antonomástico, es decir inteligentes... en tauromaquia. ¿Ironías a un admirador del Gallito o de Belmonte?

Dicen que la ironía es un gran disolvente. Pero cuando la ironía tropieza con lo que aquí tropieza... Y no, no, no es la ironía lo que está disolviendo la inteligencia nacional. Es que se pone a mastigar en el puesto de pastores y es que se manda censurar escritos al que acaso censurase bien verónicas, pases de pecho y naturales, volapiés y demás trascendentales faenas del toreo.

MIGUEL DE UNAMUNO